



Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- DIEGO SAN JOSÉ
De la vida picara.
- J. PEREZ RAMIREZ
Grotescos.
- F. MARTINEZ-CORBALAN
Las «menores».
- P. IGLESIAS HERMIDA
Enrique Gómez Carrillo.
- G. GOMEZ DE LA MATA
Debimos conocernos.
- RICARDO PRIETO
Las buenas formas.
- ANGEL G. LUGEA
De la Biblia y del Dolor.
- JOSE DE ALCALA
El último amor.
- F. RESTREPO GOMEZ
Ya no la espero.
- TOVAR, RIDORIN
OTELO Y TINO
- Varios dibujos y retratos de
«La Marú» y Prudencio Iglesias
Hermida.

CARAS BONITAS

MARINA GÉNERO «LA MARÚ.»

*María Género es de lo más sano de su género.
Una bailarina, ésta Marú, para hacer perder la cabeza
al que más firme la tenga.*



5 céntimos



VENIR á veranear á Barcelona no es una idea genial pero tampoco resulta un disparate.

A mi me habían puesto la carne de gallina con lo del calor que hace aquí en este tiempo, asegurándome solemnemente que entre 15 de Julio y 30 Agosto hasta la estatua de *an Gulón* se convierte en una especie de vaselina perfumada, y no he de negar que ante tal perspectiva, llegué un tanto preocupado y hasta resignándome á liquidarme como si fuese un saldo de retales por fin de estación, como anuncian los tenderos, cuando quieren deshacerse de todas las porquerías de la trastienda.

UNA CONSULTA



—Doctor: estoy preocupadísima. Yo creo que tengo algo en el pecho...

Yo me había echado mis cuentas, á saber. Si ahora me voy á San Sebastián ó cualquiera otra playa del Norte, voy en el tren en clase de sardina prensada, y ya en el lugar del refresquen me encontraré todas las fondas ocupadas, y no hay nada más desconsolador que cuando uno va en pos de una se encuentre con que ya está ocupada. Eso les habrá pasado á ustedes muchas veces.

En cambio, seguí reflexionando, si pongo rumbo á playas menos solicitadas en esta época, estaré más tranquilo aunque un poco más caliente. Y como esto de estar caliente para un servidor constituye el mayor de los placeres, pues hoy me vine sin más consideraciones y aprovechando la feliz casualidad de que estaba en el deber de formar parte de la caravana internacional que ha venido á España en funciones de Expansión Comercial, caí en la cuenta de que tenía que expandirme, con toda esta gente, verdadero guirigay de austriacos, alemanes, suizos, franceses, belgas, húngaros, etc. Hay hasta un finlandés que está empeñado en poner en verso nada menos que el *Quijote*.

Excuso decir á ustedes la confusión de lenguas que este pisto significa, siendo de advertir que las que las confunden con más dulzura son las excursionistas, entre las cuales las hay de mucho abrigo. Sobre todo una rumana, de mucha «rumana» quiere estar en constante ejercicio lingüístico y no hay más remedio que taparle la boca de vez en cuando para que satisfaga su sed devoradora de conocer y hasta dominar todas las de los diversos países concurrentes, y de un modo especial la mía. Como comprenderán ustedes me refiero única y exclusivamente á la lengua española. No exagero nada si les aseguro que la devora la pobrecita.

Pues bien, cuando tan aterrado me tenían con el calor barcelonés en verano, me encuentro con que todo es filfa, y con que á pesar de haber entrado en Agosto, estoy tan «agosto» y sin pizca de sofoca-

ción, y creo que hay aquí cada mujer que sofoca hasta al finlandés, á pesar de que dice que él no se «finlandia» de las «mojeres españolas».

No tengan ustedes miedo de que vaya á describirles la patria chica de Junoy y de Beltrán y Musitu. No «musitu» ni un solo elogio porque ni LA HOJA DE PARRA es una guía de poblaciones, ni Barcelona necesita que yo la brinde mi pluma, que si no es una cosa que asombre, la tengo bastante regular, ó al menos eso me ha dicho la rumana, quizá por pura galantería. ¡Dios se lo pague!

Lo que si me van ustedes á permitir es que haga constar, insistiendo en lo que en párrafo anterior digo de pasada, que en Barcelona hay una de señoras de esa; que me recomienda el médico, que es como para quedarse histero-epiléptico en quince días. ¡Qué exuberancias anteriores, qué arrogancias laterales y qué desniveles posteriores!

En colaboración con una húngara que es profesora de clarinete en Budapest, estoy haciendo un estudio filosófico social, sobre las causas de este desarrollo plástico de las *noyas* de Barcelona. ¿Será el agua? ¿Será la butifarra? Me inclino á creer esto último. Las estadísticas mundiales demuestran que no hay nada como el embudido para esto del crecimiento de las regiones. Y ya saben ustedes lo que, de algún tiempo á esta parte, ha crecido la región catalana.

Yo me quedo extasiado viéndoles circular por la Rambla. «Arramblaba» con todas las que pasan; palabra de honor.

Y ya que de las ramblas hablo, señalaré un detalle característico que alterna y complementa el anterior. Además del desfile de mujeres, espléndidamente hermosas, hay dos tipos de esta vía encantadora, que se llama las ramblas que llaman poderosamente la atención de los forasteros: son éstos los encaladores ó enjabelgadores, y los mozos de cuerda. Unos y otros están en todo momento paseando arriba y abajo, y el distintivo de los primeros es un gran palo con una enorme brocha en la punta, y el de los segundos una amplia y roja barretina que semeja monumental pimienta morrón.

La húngara, mi colaboradora en el folleto que preparo, me ha dicho que en esos dos tipos está la explicación del desarrollo femenino á que antes me refería. Según ella son dos símbolos: el pimienta y

la brocha de la punta del palo, aunque yo, la verdad, no les veo la punta.

Y es que la buena señora, como sólo se dedica á la especialidad del clarinete, según les he referido antes, cree firmemente

UN INVITADO



La esposa.—¡De dónde vendrás con esas trazas y con esa cara de no haber roto un plato!...

El infeliz.—Pues del banquete á Carlos Prats, con que ¡calcula!...

que el desnivel dorso-pectoral de las mujeres barcelonesas es consecuencia natural del empleo de la brocha y del abuso del pimienta morrón.

Y lo más abrumador es que está empeñada en demostrármelo prácticamente.

Un pequeño REPORTER

Barcelona, 1.º Agosto.

Burlas hechas en una posada castellana á un enamorado y á un fatuo.

[(De la vida pícaro).

Comenzábase la feria por aquellos días postreros de Septiembre en la antigua corte de Castilla que es aquesta tierra de Valladolid, que por todo el ámbito de España trasciende á hidalguía y á reciedumbre.

Sus solares son de tan noble y antañona ejecutoria, que allá se van por las intrincadas selvas de la leyenda y aun de la fábula, y el mantenimiento y respeto de casas y rangos ha traído á muchas gentes de bien á lamentables contratiempos, que yo sé de quién hubiese dado toda su fortuna, y la gloria que pudiera caberle en la otra vida que dicen que hay, antes que la ranciedad del apellido que le cupo en suerte.

De todos los pueblos de la provincia

acudían golosos de la feria y por ende estábase la ciudad toda que no cabía una aguja.

Las posadas muy de antemano eran tomadas y aun en las casas particulares habíase llevado con muy buen negocio el cargo hospederil.

Un mesón, que decían del «Segoviano», había á la entrada del Campo Grande, el cual era el más favorecido de cuantos alzábanse para descanso de arrieros y martirios de caminantes.

No se piense que ello fuere á la olor de la comodidad y aseo de sus aposentos, ó á las succulentas artes de su guisandera, sino al husmeo de dos garridas sobrinas del mesonero, las cuales como mozas servían, aunque más parábanse á ser señoras ellas de la gente que allí embocaba.

COSAS DE LA PLAYA



—¡Qué envidia me das viéndote tan juguetona y tan ágil, jugando con esa pierna que siempre la tienes levantada!

—Como que eso es para dar envidia á cualquiera.

Harto aprovechábase el bigardo del tío de esta circunstancia con los parroquianos, pues que entendía muy bien que con el recreo carnal del sentido de la vista quedábanles traspuestos todos los otros.

La fama de aquellas dos ricas hembras, ya digo que en muchas leguas fuera del contorno tenía eco, y no más de por mirarlas y tocarlas como venerables y milagrosas reliquias acudían peregrinos á aquél destartado caserón del Campo Grande.

Y no se entienda, que á su mucha belleza y garbo unieran el ser esquivas, ni tuvieran sus puntos y ribetes de altas damas destas que tanto frecuentaban los capitulos de novelas, que por rabotadas de la suerte ó por cumplimiento de algún voto vienen á dar en la baja condición de la servidumbre, que eran muy villanas y de manga ancha, y por manotada más ó menos no ponían en espanto á la gente.

Erase el final de una tarde de domingo cuando calaron en la venta de el «Segoviano» un soldadillo y un bachiller.

Entrar vos, á lo que parece hacían juntos la jornada desde Medina del Campo.

El soldado, ó ya por las fatigas de la campaña ó ya porque fuera cierto, parecía de bastantes más años que la sembradura de doctor. Este traía humos de grande señor, á quien las vicisitudes y tramoyas de la vida trajeran á menos y hablaba de todo con grande empaque, barajando el libro de la heráldica cual si fuese el de los reyes y las sotas.

El de las armas reparó en seguida en las muchachas, y, desde luego, aficionóse de alma á la mayor, que era morenaza y de buenas carnes, del garbo de aquellas hembras por quien dió el maldiciente Villamediana en su famoso y desvergonzado soneto á la ciudad de Córdoba:

«Buenas mujeres para ser caballos».

Y comenzó á ponerla cerco.

Mas he aquí que las tales que eran de la piel del diablo, concertáronse para reir á su costa.

Pidió el soldadico de comer, que además del gusto que tenía en hacerse servir por tan apetecible camarera, ya ibale llamando la hambre con desaforadas voces.

—Pues, ¿qué quiere el señor bravo?— preguntóle la morena.

REFRESCANDO



El camarero.—No les he puesto á ustedes cucharillas porque con las pajas tienen bastante.

—Porque todo lo bueno que aquí me acontezca —respondióle el militar, sea á gusto tuyo— tráeme de comer lo que quieras, que por tus manos traída cualquiera cosa que sea, será gloria pura, arrancada del mismo cielo.

—Bien hace en dejalla de mi cuenta— replicó la moza— que va á comerse unas calabazas regadas con tomate, que en la misma mesa del rey Felipe no se ponen mejor.

Y corrió hacia la cocina dejando al hombre hecho una jalea.

Mientras que la otra hermana prevenía-

INGENUIDAD!



—Y eso de la conflagración ¿qué quiere decir?

—Pues que nos vamos á armar *toos* los *sordaos*.

—¡Ay, qué gusto!

le plato y mantel, llamó á parte al estudiante y con toda franqueza hablóle en esta manera:

—Mirad, hermano, que ahora, no tanto por necesidad del estómago, como por tiranías del corazón, voy á sentarme á la mesa, si vos queréis acompañarme, en buenhora sea, pero no os espantéis de que yo no tomase cosa alguna, porque no tengo más dineros que este real de á cuatro.

Conoció el otro muy bien la indirecta y más que affigido renunció el ofrecimiento y fuése á pasear, por donde ya los arrieros y traginantes preparábanse con muchas hambres á embaular la cena.

Sentóse el soldado ante una mesa y comenzó á trasegar la vianda, que trascen-

dia á tomillo y á sabor rico de las manos blancas que la aderezaron.

Servíale la moza rubia, la cual no cesaba de hacerle elogios de la otra, diciéndole que era la mejor hembra que comía pan en tierras de Castilla. Con estos almibares aún el buen hombre no había probado la cena.

Una muchachilla como de cinco á seis años daba vueltas enderredor de la mesa, y al fin se acercó.

—¿Quién eres tú? —preguntóle el de la espada—. Y respondió la muchacha que hermana de la Fuencisla, que era la del gusto de su merced.

Y luego, comiéndose el plato con los ojos, añadió en guisa de muy grande misterio:

—Si me da usarced un pedazo la mitad,

UNA ESPOSA ABURRIDA



—... Pues toma y vete al Retiro. Precisamente trabaja Balder con su inmortal muñeco Cieto y es tirarse de risa...

—Sí, pero Cieto no me entretiene, porque, al fin, es de cartón...

DIPLOMACIA



—Y esta noche ¿te has aburrido?

—Sí, chico. Porque te pones insoportable hablando del conflicto entre las Potencias y á ti en eso ni te va ni te viene nada.

diréle una cosa que me encargó mi hermana para usarcel sólo.

Y el precio exigido pasó inmediatamente las tripas de la muchacha; pero ésta apenas lo embauló que acometida de escrúpulos por miedo á que su hermana se enojase, y entonces el enamorado, para acabar de persuadirla, dióle el resto de la ración.

—¿Me dirás ahora lo que te dijo tu hermana para mí? —preguntóle con todas las ansias del sediento que ve el agua cerca; y la chiqueta respondió mientras mascaba á dos carrillos:

—Pues, me dijo mi hermana, que la cena era de tres reales.

Tal corrimiento entró al veterano que pensó morirse del...

Mientras esta travesura hacia Amor con un hermanastro suyo, allá por las naves

de la cocina la socarronería villanesca daba una donosa lición, al empaque ridículo del bachiller.

Paseaba el hombre con el estómago muy desilvanado, entreteniéndole, asistido por los ojos, con un libro de linajes.

En principio, la gente, como vió tan atento á la lectura, en tan pequeño volumen, entendió que fuera clérigo en ciernes que rezara sus horas. —

—Cuando rece, padre —dijéronle— háganos la merced de bendecir la mesa y de sentarse con nosotros á hacer la sazón.

Respondió que ni era sacerdote, ni rezaba, sino que leía en aquel libro de oro, la ascendencia de su casa.

—Pues ¿cómo se llama Vuesamerced, aunque me perdone? —preguntóle el ventero; á lo que parando en seco, y con mucho entono, respondió el pecador:

—Don Diego de la Torre, Castilla y Aragón Sánchez de Lara y Alvarez Gato de la Humosa y Ruíz, Barón de Miralcampo y Señor de Fuentelsaz.

A lo que respondió un zagalico.

—Pues perdone Vu. celencia y quédese en ayunas que no tenemos comida ni puesto honrado para tanta gente de bien...

Diego SAN JOSÉ

A LA SALIDA DEL CINE



¡¡¡Plaff...!!! (La torta).

(Este dibujo no necesita más pie).

GROTESCOS

Por el lago.

La luna, carillena y amable, debía ciertamente acudir á esta cita y con grata puntualidad se presenta, iluminando el lago, cuyas pacíficas aguas serán pronto arrugadas en ondas circulares.

El esquife, blanco y fino, está presto, pareciendo, entre los verdes y erizados juncos, una hermosa garceta echada.

Risas, crujidos del ramaje, una cerilla que chirría y se enciende. Llegan...

Isabel, esta mocita picotera y codiciable, que tiene ojos de fósforo y conversación de golondrina, por supuesto había de ser la primera en saltar á bordo.

¡Pum! Doña Leoncia, con sus kilos, no tiene en cuenta que pudiera tumbar el liviano barquichuelo. ¡Qué brutal!

Y Julio, ¡qué poco galante con embarcar antes que otra señorita!

Pero él no perderá sitio junto á Isabel.

Lucila es la más medrosa de todas ellas, la más exagerada siempre, y necesita que el joven doctor le tienda la mano, galante, y ella saltar, enseñando las piernas por no manchárselas de barro.

Ya están todos. Isabel y Julio dudan un momento entre la popa y la delantera, pero, al fin, le ceden la popa á doña Leoncia, como sitio de honor, y todos contentos de su lugar respectivo, exceptuando á don Luis, el organizador de la jira. En cambio, el imberbe doctor recién titulado velará por doña Leoncia, la esposa de don Luis...

Empuña éste los remos y boga, de bien mala gana, ya que los otros se han acomodado tan ricamente, y el esquife avanza, despacioso, algo hundido sobre el agua como una blanca garceta nadadora.

Noche tibia de Mayo para respirar, para amar, para discurrir por el lago, á la luz atizada de la luna. Silencio encantador, rozado apenas por la brisa y perfumado de picantes perfumes del bosque. En el esquife, la charla se anima, como la charla de los ruiseñores en la fronda oscura. La embarcación se balancea marcadamente en ocasiones; suenan risitas cascabeleras y falsas; suena á lo mejor un abanicazo, y el remo pone en el agua despabiada como el chasquido de un beso...

Quisieran ahora Isabel y Julio, con traviesa intención, apagar la luna de un soplo... Doña Leoncia y el doctorcillo van de tal guisa, que (se infiere) ella sufrirá



—Pase sin cuidado, señora, que le he sujetado bien

un ligero maree, porque doña Leoncia pierde con poco su serenidad. Pese á toda la serenidad de los lagos,

¿Y don Luis? Unas veces mantiene un remo en suspenso, hacia arriba, con lo que el esquife se tuerce; otras, lo deja caer y



do bien y no se la tira...

busca con las manos en el fondo del barco, así como requiriendo la yesca, que debe tener Lucila quizá, y entonces el esquife se para. Y Lucila se ríe...

Divertidísima esta excursión nocturna y *martima*, tanto tiempo proyectada.

Ellas se abanicaban furiosamente, desdenando el abanico aromado de la brisa, la cual peina, rizándola, el agua del lago y despeina á las muchachas y á doña Leoncia.

Don Luis sigue bogando, bogando, pe-rezoso y mohino. Suda además como cualquier botero.

Si; contra aquéllo que se prometía, esta jira por él organizada, y á su costa, le ha puesto, al final, de un pésimo humor.

La picara Lucila, no obstante ciertos pases de tanteo y piropos bien instrumentados en el pasillomuchas noches, se muestra hoy desviada para con él, muy desviada, empeñándose por las trazas en alternar con el doctorcete.

Pero... el joven, en amable *sotto voce* con su esposa (la de don Luis), ni se da cuenta de las insinuaciones de Lucila.

Cosa extraña que sorprende á don Luis ciertamente.

Aunque menos mal, después de todo. que el mancebo vaya tan distraído...

J. PEREZ RAMIREZ

Las "menores,,

Divinas figulinas, flores de tentación:
en vuestras almas limpias, claras como el
[cristal,
se abre como una rosa sangrienta de pa-
[sión
la inquietud misteriosa de la alcoba nup-
[cial.

Sobre la maravilla del rostro virginal,
los ojos, como faros de la condenación,
se abrasan en la llama de un deseo carnal
y se pierden en locos sueños de pervers-
[sión.

Y sois en vuestra gracia de incipientes
[coquetas,
ariscas y mimosas, indolentes é inquietas
con las complejidades del alma femenina.

Y aunque quiero saberlo, jamás he sor-
[prendido
los secretos que á veces os decís al oído
y provocan un coro de risa cristalina.

F. MARTÍNEZ-COBALÁN

Enrique Gómez Carrillo (1)

¡ He aquí uno de los hombres más pintorescos de la literatura actual de todos los países: este hombre extraño, que en sus libros y sus crónicas nos da la impresión de un milagroso peregrino ciudadano de todas las patrias y de todos los cielos.

Cuando habla de Grecia, las palabras de este hombre reclaman el mármol y el buril. Si es la vida alegre y cortesana la que pinta, sus crónicas son relámpagos á cuya luz, muy bella, lo vemos todo y no olvidamos nada.

Es indudable que Enrique Gómez Carrillo es el escritor español de verbo más fluido y más suave. Su fábrica tiene el privilegio, en lo moderno, de los tapices orientales. Borda, cuando quiere, con la pluma, golas, faralares y chorreras de aquellos encajes de maravilla que fueron fabricados en un tiempo por las mujeres sonrosadas de Brujas y Namur.

En la literatura española, Enrique Gómez Carrillo es el antípoda de Unamuno, ese ilustre profesor, tan pesado, que á mí me hace el efecto de un negro de Salamanca.

Fisicamente, Gómez Carrillo, es de un interés inquietante. Armónico, gallardo. Bajo su típica cabellera enmarañada, unos ojos grandes, dormidos, que tienen el levísimo estrabismo misterioso de los tigres.

Gómez Carrillo es un felino superior. Son sus movimientos blandos y suaves. Inclina la cabeza para hablar y vuelve la cara rapidísimamente hacia cualquier lado donde una tos, un crujido, llaman su aten-

(1) Del libro recientemente publicado *Hombres y cosas de mi patria y de mi tiempo*, por Prudencio Iglesias Hermida.

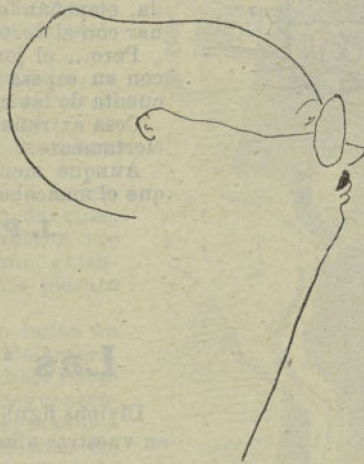
ción. Tiene dentro de su tranquilidad, esos movimientos rápidos de los tigres, que hacen, en cualquier momento, temer el asalto.

Es dueño de esa simpatía que arrastra, patrimonio de los hombres un poco locos y de los niños.

Mientras habla, se inclina hacia su Lina Saadi, deliciosa criatura á la cual el maestro, lleno de fuerza y juventud, rodea de gentiles atenciones.

La admiración y el cariño de Carrillo es Alfredo Vicenti: este niño imponente, más guapo que el Marqués de Spínola, insolente, cuando es su gusto, como una criatura, y algo brujo como aquellos hermanos suyos, en espíritu y prestancia, los grandes artistas del Renacimiento italiano.

LOS NUESTROS



(DE R. MARÍN)

Prudencio Iglesias Hermida.

—De los novelistas consagrados españoles, ¿cuál es el que más le interesa á usted?—
—le pregunto á Gómez Carrillo.

—La Pardo Bazán—
me responde—. Es el novelista que mejor escribe, con gran ventaja.

—Y de la gente más joven, ¿quién?

—Valle-Inclán. Dirá algo ó no dirá nada. Pero cincela y burila de un modo magistral.

—De Azorín, ¿qué me dice usted?

—Es el escritor más viejo que conozco. Muy perfecto, muy hábil pero apollado.

—¿Admirará usted mucho á Unamuno?

—Nada, absolutamente nada. Es un hombre que no comprende. Sus opiniones carecen de importancia. Cejador es un erudito loco muy simpático. Este hombre á lo mejor, tropieza un día con el nombre de un pobre español del siglo XIV que sabe leer y escribir: en seguida se lía el manto á la cabeza y lo reputa como mejor que el Dante.

—¿Qué piensa usted de Trigo é Insúa?—
le pregunté levantando el codo por si acaso me pegaba.

—¿Cómo ha dicho usted: Trigo é Insúa?

LIGEROS INCONVENIENTES



—De buena gana me gastaba con usted la paga ¡so esbeltez!... Pero soy completamente cesante...

No los conozco. No los he oído nunca nombrar. ¿Son españoles? —me preguntó.

—No, señor. Son fabricantes de ensaimadas en la isla de Sumatra.

—¡Ah, vamos! Por eso decía yo. No uso la ensaimada para nada. Tomo el chocolate con picatostes.

—Picatoste y picaporte suenan lo mismo. Pueden ser asonantes de Marquina.

—Hombre, ¿qué le ha hecho á usted ese poeta.

—Nada. Quiero decir, que esas dos palabras parecen versos asonantes. De ninguna manera he querido llamarle á Marquina picatoste.

La amenidad, la armonía, el ingenio. Si ese es Carrillo escribiendo, hablando es un rapsoda genial. Surgen, al conjuro de sus palabras, paisajes de maravilla, historias

inquietantes de sangre y de pasión, retratos inolvidables de gentes notorias.

Mientras habla, sus movimientos son blandos y suaves: mira á lo lejos con sus pupilas adormiladas, verdosas é inquietantes, como los ojos del Tigre Real.

Debimos conocernos...

Debimos conocernos, siendo yo mosquetero, en la época bizarra de algún siglo lejano, cuando al obscurecer de un día de verano bebí en cierto mesón un vino traicionero.

Tú eras la Maritornes, quizá, del mesonero, y al servirme mirabas mi rostro cortésano; yo, que estaba borracho, aprisioné tu mano y te envolví en la ola de mi hablar jaranero.

Sólos nos encontrábamos... Desde el azul, el del crepúsculo daba una suave poesía [oro á la luz sonolienta de aquella tarde gualda...

Atrevido y galante, puse un beso sonoro en tu boca burlona, que reía y reía, y me abismé en tus hondas pupilas de esmeralda.

Germán GÓMEZ DE LA MATA



El amita.—Ay, «Fifi», que me llevas con la lengua fuera...

Fifi (cantando bajito).—«¡La venganza, la venganza es muy sabrosa!»...

Las buenas formas

La primera vez que don Potenciano supo que su esposa se la pegaba, considerando el hombre que era esta una acción muy reprochable, se incomodó bastante y dirigió á su infiel mitad una filípica capaz

guro de no haber contribuido á la obra, se enfureció hasta lo indecible, pues si bien había buenamente aceptado el ser cornudo, no se hallaba dispuesto á convertir su casa en una sucursal del Asilo de huérfanos.

Decidióse á velar por su honor mancillado, y veló, con efecto. Tanto es así que una noche regresó á las once del círculo, en vez de las tres de la madrugada, como tenía por costumbre, sorprendiendo á su infiel consorte y á un arrogante mozo.

Felizmente, don Potenciano, en vez de abofetear á los culpables, optó cuerda mente por llevarse las manos á la cabeza dando muestras de la mayor desolación:

—¡Ah, mujer malvada! ¡Has deshonrado mi techo, hembra perdida, esposa inmunda, cónyuge adúltera!...

Los tórtolos aprovecharon el monólogo del ultrajado esposo, para adoptar posturas é indumentaria más apropiadas á las circunstancias. El se puso la corbata; ella colocó sobre su cabeza una peineta de cuerno imitando concha, regalo de su esposo.

—¿Has terminado, maridito mío? —preguntó cuando hubo éste agotado los epitetos injuriosos.

—Sí.

—¿Conoces á este caballero?

—No, pero...

—Pues no comprendo tu monumental incorrección, indigna de un hombre bien educado, al provocar escenas delante de un caballero desconocido y á quien ni siquiera has saludado.

Don Potenciano, hombre de mundo ante



—Su marido va á tener que correrse un poco. Está muy mal ahí detrás...

—No se preocupe usted de él. Este se mete por cualquier parte.

de enternecer á un adoquín de los más duros.

La segunda vez, recordó que esto les ocurre á muchas personas, algunas de ellas por cierto, muy apreciables, y se resignó algo. Después de la octava vez ya hizo como omiso, pensando muy razonablemente que un *menage a trois* no deja de tener sus encantos.

Pero cuando vió que su mujer tenía la intención manifiesta de dar á la patria un nuevo defensor, estando como estaba se-

todo, reconoció que su actitud no era, en efecto, muy correcta, y presentó sus excusas al desconocido, el cual, á su vez, rogó que le dispensaran por haber ido á presentar sus respetos á la señora á hora tan intempestiva.

Las finas maneras del forastero cautivaron en seguida á don Potenciano. Y allí mismo quedó cimentada una verdadera amistad.

Ricardo PRIETO

De la Biblia del Dolor

I

Aprender de mi vida peregrina y errante,
lo que valen los brazos de la mujer aman-
[te...

Adoré á la italiana lánguida, ¡mi Lu-
[crecia],
sobre la superficie del canal de Venecia.
La góndola purpúrea, meció nuestro amor,
al bíblico galope de nuestro corazón.
Y eucarísticamente, nuestros labios san-
[grien'os,
se encapullaban ébrios en estremecimien-
[tos.

Una noche, la luna, como todas heroica,
tatuó en la mansedumbre de sus ojos de
[estoica,
la solemne sentencia de la fatalidad:
«¡Me aburre la caricia de tu amor ideal!»

II

Revivió con el fuego trágico del desierto
el impulso amoroso de mi corazón muerto;
y bajo los flechazos del sol volatinero,
adore á la africana de mirada de acero.

Nos llevaba en la jiba triunfal, el drome-
[dario
—sangriento hijo velludo del igneo Sagl-
[tario—.

Le hablé de encantamientos, de mi pasión
[eterna
en el húmedo borde de la ideal cisterna.
Una noche... —la noche siempre fué mis-
[teriosa—

esquivó la caricia olímpica y fogosa...
Y en sus ojos, la luna, brilló esta senten-
[cia:

«¡Me aburre la caliente pasión de tu elo-
[cuencia!»

III

Rugiendo pesadumbre, polichinela, bru-
[to,
rajé la nivea seda de un pecho prostituto,

DESCONFIADA



—Hágame caso, joven, y tendrá usted
todo lo que quiera y algo más...

—Lo del algo más «puá ser que sí»; pero
que eso de todo lo que yo quiera, se iba
usté á quedar á mitad de camino, ¡eso es
viejo!...

y entre los opulentos senos sacerdotales,
hundi mis destrozados ensueños de ideales.

Para mí, la mujer, es un árbol torcido;
un paisaje rocoso, un cráneo carcomido...
¡La punta perfumada de un hidalgo puñal,
terrible, porque hiere sin llegar á matar!

Angel G. LUGEA

EL ÚLTIMO AMOR

«Anita de mi alma: Antes de decidirme á escribir á usted esta carta, he luchado lo indecible. Pero ya no puedo callar por más tiempo y no me queda otro remedio que confesarle mi amor; un amor tan grande, tan avasallador que, contra

EN VISPERAS DE BODA



El novio.—Mariquita, casémonos pronto porque se ponen mal las cosas en Europa y temo que nos sorprenda la ruptura...

La madre (aparte).—Pues no sé qué tendrá que ver Europa con eso. En mis tiempos no nos preocupábamos...

mi voluntad, me ha hecho saltar por encima de los deberes y consideraciones que á usted debo, para decirle que si no consigo un poco de ese cariño que me quita el sueño, la vida será para mí un estorbo muy grande.

¿Será usted cruel conmigo?

La adora, Fernando.»

Anita dejó escapar un largo suspiro, di-

bujó en sus labios de rosa una sonrisa de íntima satisfacción y, llevándose á la boca la carta, estampó en ella un beso apasionado.

Perezosamente, dejó caer su cuerpo escultural sobre el ancho diván de terciopelo; deshaciendo con exquisita coquetería las rubias trenzas de su cabellera espléndida: Sus grandes ojos azules miraron al cielo con expresión de infinito agradecimiento, sus senos de rosa se movieron en suaves ondulaciones de carne, y dejó escapar un suspiro prolongado...

Desabrochó el delantero de su larga bata plegada, y allá en lo más recóndito, en la seda de la carne y la batista de la camisa, ocultó con cariño aquella carta por tanto tiempo esperada. Luego, empezó á cavilar...

—¿Le diré que le quiero, que no le quiero, que venga, que no venga?... ¡Si, si; le diré que venga, que le espero —exclamó en voz alta en un arranque pasional—. Pero al momento se detuvo súbitamente, como herida por el rayo de un pensamiento aplastante.

—¿Qué loca soy! ¿Y mi esposo? ¿Y mi hija? No, no debo confesarle que le quiero. ¿Qué diría el mundo al ver maltrecho el honor del hombre que me dió su nombre y su vida? ¿Y mi hija?

¿Qué ejemplo para ella si supiera que me eché en brazos de un amante, impulsada por la locura de una pasión insensata, que no tuve la valentía de matar en flor!...

Y como si el cielo se hubiera hundido tras de sus reflexiones, rompió á llorar como una loca.

Azorada y trémula, se recogió el cabello sobre la nuca. Sus manos ardían y palpitaban sus sienes con martilleos de fiebre.

La luz iba debilitándose lentamente, y una suave penumbra la envolvía, empujándola al sueño. Y cuando, al cabo de un rato, vencida por la fuerza de las impresiones quedó dormida, empezó á soñar...

Ante su pensamiento apareció la arrogante figura de Fernando, que le tendía los brazos y la arrullaba con apasionadas promesas de amor eterno.

—¡Anita de mi alma! —le decía—. ¡Si supieras cuánto he sufrido por el temor de no poder poseerte nunca! Yo he soñado muchas veces que ese cuerpo de líneas griegas se desvanecía lánguidamente en mis brazos, muerto de amor, y que mis



—¡Ay, guardial! Con ese uniforme les han puesto á ustedes talmente como á nosotras, porque unas y otros andamos ligeros de caseos...

labios libaban en tus labios la esencia de la vida...

Y ella le respondía:

—¡Yo también he soñado eso mismo muchas veces! Yo también te he estrechado entre mis brazos, he besado tus ojos y tu boca y he jugado con tus cabellos. ¡Yo también he padecido mucho esperando que me confesaras tu amor!... Y era tanta el ansia mía, que alguna vez llegué á renegar del que nos ha negado á las mujeres el derecho de decir lo que sentimos...

Una voz infantil que sonaba allá á lo largo del corredor como el trino de un pájaro, cortó el delicioso ensueño de Anita.

—Mamá, mamá —susurró una niña entrando en el gabinete—; ¿qué haces aquí solita?

—Pensando en ti.

—¿Me quieres mucho, mucho?

—¡Con toda el alma! Tú serás mi último amor...

Y acarició con avaricia la cabellera de la niña.

En aquel momento, una doncella anunció al señorito Fernando.

Anita quedó pensativa un momento, y luego, haciendo un moñín de resolución, despidió á su hija y dijo á la doncella:

—Que pase...

¡Oh, mujeres!

José de ALCALÁ

HOJAS DE YERBA

YA NO LA ESPERO!

Cuando aquella chiquilla ojos de cielo una tarde se huyó con el vecino, abrí mi corazón al desconsuelo y me senté á esperarla en el camino.

Mustio, desde las sombras de mi duelo, imploré las bondades del Rabino:

—¡Señor, hazla venir!... Vanq mi anhelo, inútil mi oración... Ella no vino.

Tal vez, tal vez cuando hasta el precipicio

de la Desgracia la conduzca el vicio, se acuerde de su antiguo compañero, y de su fuga trágica y cobarde acaso se arrepienta... ¡será tarde! Aunque quiera volver... ya no la espero.

F. RESTREPO GÓMEZ

EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, lupus, etc. Tomar todos los días un **Papel Yhomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso, Madrid; Gamir, Valencia*, y en las principales farmacias bien surtidas.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de **LA HOJA DE PARRA** en Madrid. **Abada, 22, tienda.** Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843

ORINA

Las **SALES KOCH** curan **SIN SONDAR NI OPERAR** la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las **SALES KOCH** no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las **CAPSULAS KOCH** cortan en **DOS DÍAS**, sin peligro, los flujos bienorrágicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis á la **CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España)**, el método explicativo infalible.

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. . . . 2.00 ptas. tarro.

Idem blanca. 1,50 » »

Nota. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente. - Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por **CINCO** pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **CINCO** francos ó **UN** dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse **UNICAMENTE** A **ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID** (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de **0,50** pesetas